

# Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 10, 2001-2002

Forma de los charcos

Natalio Ohanna

p. 157

## Forma de los charcos

Natalio Ohanna

**D**IJO que llueve debajo del agua, después murió. Quiso dejar un color y se quitó la sangre, como si el día que hubiera previsto la olvidase sin querer, lánguida, mientras otra persona, otra cosa, le hablara, le dijera al oído, la observara desnudarse detrás del espejo toda manchada de rojo en el momento que precede al sigilo del último espasmo de desesperanza sólo para estar cerca, para dejarla huir. Bella. Aunque no halló ese alivio ni lo que hubiera buscado en la imagen que estalla, en la queja. Por qué, bella. Entonces el vidrio hacia adentro, un vómito, dijo que llueve y murió. Debajo del agua le gustó la tibieza, mirar cómo se iba poniendo turbia, despacio, jugar con su dedo o soñar con un tiempo hermoso en el tiempo que ya no fue salvo una palabra que repitió hasta quedar sin voz para saber cuánto más, seguir despierta y en calma como si esa pausa en que diluía su lividez, ese gesto apenas, le devolviera el goce o un hilo de flujo que la redimiese. Por qué lo haces, bella. Supo que debía esperar, que ya no tardaría por el olor a tierra mojada en el aire. Te vas poniendo muy roja, bella, te vas volviendo muy líquida. Pero temió que jamás llegara y quedase así en esa tregua sin dejar un color ni la imagen, mientras se le iba la sangre, cuando otra cosa la observaba desnuda y sin calma desde el espejo antes de huir, húmeda. Mira cómo se hunde, y se moja, bella, todavía lo eres. Dijo que llueve debajo del agua. Pero por qué tan adentro, lo metes, bella, lo sacas, por qué lo metes tanto. Fue la gota que resbala y cae, abrir bien las piernas, mojarse de a poco para no sentir casi nada, la mano en la boca y la baba o perderse y dejarse llevar en el fluido y seguir hasta empujar el vidrio manchada de rojo como si ya no importase en su anhelo el instante de espera del roce en la piel. Te corta y también lo tragas pero lo vuelves a empujar bien adentro, y sumerge. Después un clamor en el



aire y murió. Aunque se oía con fuerza contra los techos o podía olerse cuando dijo que llueve debajo del agua. Mira cómo se va o te lleva, bella, cómo te está llegando. Y se metió algo afilado hasta el fondo y lo empujó con los dedos hasta quedar sin voz, acuosa, por ese aroma de tierra del último espasmo que precede al sigilo sin buscar una queja o el día que hubiera previsto para huir en la desesperanza de saber cuánto más, no eres bella, de fingir tanto más, de mirarse turbia, de volverse turbia, de llorarse turbia por dentro. No. Pero temió que jamás llegara y quedase así en esa tregua sin dejar un color, chorreando: nada salvo una palabra para seguir despierta y la arcada y el eco del grito del asco de verse contra la imagen que estalla un espejo y algo afilado y meterlo con fuerza o un vómito de vidrio y al fin, ya eres fea, ya en calma, poder decir que llueve debajo del agua.

Salió el sol.  
Mira que lindos charcos.  
Pero están sucios, están muy rojos.  
Ven, vamos a jugar.

*Argentino, reside en Israel desde 1999. Realizó estudios parciales en el Departamento de Letras de la Universidad de Buenos Aires; es alumno de B.A. en la sección literaria del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén.*